

El dinero en la producción

El dinero tiene un papel preponderante en nuestra economía, demasiado preponderante, porque siendo una creación del hombre, se ha convertido en su déspota, un despotismo del que todos somos víctimas, hasta los que lo poseen. Y no de los trabajos hercúleos que nos esperan, si queremos alguna vez vivir en paz y gracia de Dios, es dominar y enfrenar a ese tirano.

Los economistas clásicos hacían depender la cantidad de trabajadores a quienes se podía dar empleo, y el salario que se les podía pagar, de una cierta cantidad de dinero, que no definían muy bien, y a la que llamaban fondo de salarios. En su concepción, el capital que se podía emplear dependía del ahorro, es decir, de un fondo de dinero destinado a nutrir de elementos auxiliares la industria. Así, el dinero resultaba el árbitro de la producción. Esta doctrina se halla hoy desechada, no porque mal que bien no se acomode tanto como cualquier otra, y más que muchas, a la realidad. Se la ha desechado más bien por razones teóricas. Repugna a la razón que la actividad humana dependa de una de sus criaturas, y en verdad la más incorpórea y vagarosa, la más sutil y fácil de crear y destruir. Ha parecido más lógico hacer depender la producción del hombre, que es su agente activo; y su recompensa, de su capacidad para producir, y no de nada preexistente. Pero en esta Economía nuestra tan llena de paradojas, no podemos desechar nada porque parezca irracional; lo que hay que tratar es de resolver esas paradojas.

Examinemos los hechos. El primero que viene a nuestro encuentro, al abordar el problema de la producción, es que para emprenderla, se necesita de un fondo industrial de dinero con qué financiarla, pagando no tal sólo los salarios de los obreros y empleados, sino las materias primas, los tributos y todos los gastos que comporta el producir. La producción es un cambio de dinero por mercancías, al igual que una compra. El patrono paga dinero y recoge productos, y al mismo tiempo provee a sus colaboradores (obreros, empleados, Estado, abastecedores) de recursos monetarios para sus gastos. Lo que para él forma el coste de los productos que obtiene, para los perceptores de sus pagos es el medio de que disponen para vivir: su renta.

El segundo hecho que debemos considerar es la venta de los productos. Cuando un sujeto compra para sus necesidades, la compra es una operación final. Cuando compra por negocio, la compra es una operación inicial y va seguida de una venta. Sobre esta trivialidad basó Marx su teoría de la plusvalía, que no deja de ser una simpleza. La venta de los productos permite a los patronos recuperar sus fondos y realizar normalmente un beneficio, que es su retribución. El precio alcanzado por los productos, al ser vendidos, es su valor final, compuesto de la suma de coste y beneficio, es decir del total de rentas salidas de su producción. De aquí se deduce que total de rentas y valor de la producción representa la misma cifra, lo cual no quiere decir que sean la misma cosa, como no es lo mismo—aunque

sean iguales—el objeto real y su imagen en el espejo. La renta es una suma de dinero; la producción es un conjunto de mercancías diversas. Una sirve para valorar la otra. La cosa es tan fatal y necesaria, que si el valor en venta de un producto resulta accidentalmente inferior al coste, la pérdida del patrono (renta negativa) restablece el equilibrio, de manera que la renta disponible de los partícipes de la producción no sea superior ni inferior al valor de los productos disponibles.

Con las rentas percibidas, los sujetos y entidades compran los artículos que necesitan, y si emplean en ello todos los recursos salidos de la producción, los precios se mantienen estables en promedio, y las ventas también. Mas el público no suele gastar todo lo que ingresa; una parte del ingreso la ahorra. Y si lo que ahorra lo guardara en gavetas y medias, resultaría que esos recursos, así apartados del mercado, faltarían en el cómputo de las rentas necesarias para comprar, por su precio normal, toda la producción. Quedaría una parte sin vender que dejaría sin ocupación a los encargados de reemplazarla, que haría bajar los precios y paralizaría las industrias, al resultar poco remuneradoras; se producirían, en fin, todos los síntomas de la depresión y la crisis.

Para que eso no suceda, menester es que también esa parte de los ingresos que no se gastan, retorne al mercado y a los productores. ¿En qué se emplearán esas sumas ahorradas? Teniendo en cuenta que la producción se compone de artículos de consumo y de artículos de capital, y que los primeros son los que se compran con los dineros que se gastan, se comprende que sean los segundos los destinados a pagarse con el ahorro. Si la gente ahorra, es porque puede producir más de lo que le precisa consumir. Para ejemplificar con cifras mi razonamiento, imaginemos que la producción y renta de cierto período son 5.000 millones de pesetas, y que se ahorran en conjunto 1.000 millones. Ello quiere decir que, con que se destinen $\frac{4}{5}$ de los factores productivos disponibles a producir artículos de consumo, queda atendida la demanda de la población; y los mil millones restantes son los que pueden dedicarse a producir artículos de capital, si se quiere mantener ocupada a toda la población útil.

Así pues, para que la economía no se contraiga, es menester que a través de la Banca, de las Instituciones de Ahorro y del mercado financiero, los mil millones de ahorro encuentren el camino para llegar íntegros a los industriales o empresas que puedan financiar con ellos la construcción de obras permanentes (fábricas, viviendas, edificios, embalses, caminos, buques, etc.) por cuenta del Estado o de las empresas privadas. El pago de remuneraciones a obreros, empleados y capitalistas, y la compra de materiales a las empresas productoras, devolverá al mercado los ahorros y reconstituirá la demanda total. Si alguna porción de lo ahorrado falta a la cita, en mayor o menor medida, se producen los efectos de depresión, desocupación y cri-

sis que hemos visto. Esto es un problema del mercado financiero, de que hoy no tendré espacio para ocuparme.

¿Qué pasa entretanto con el dinero? En el mejor supuesto, todo él ha retornado a manos de las empresas productoras. En el caso del gastado en consumo, los artículos comprados han desaparecido, y de su paso no ha quedado rastro. En el caso del dinero ahorrado y capitalizado, dos cosas han quedado: una real, la obra hecha; otra nominal, una inscripción en un libro de la Banca, en una cuenta de depósito o de ahorro, que indica el derecho que tiene el titular a retirar esa suma de dinero. Es interesante saber qué ocurrirá cuando muchos titulares de esas cuentas hacen uso de su derecho. El dinero no está ya; se ha gastado, y se ha gastado justamente, porque de no hacerlo así hubiera sido dinero que habría faltado en la cuenta, motivando una depresión de la economía. Pero si, además de gastarlo en formar capital, lo solicita el titular de la cuenta y la banca se lo entrega creando el dinero correspondiente (billetes a través del banco emisor, o dinero bancario por el crédito) no sólo se revierte al circuito monetario el dinero que ya estaba en él, sino otro nuevo y, en vez de una de-

flación, se causa una inflación, al aparecer más demanda que el valor de los artículos puestos a la venta, los cuales resultan solicitados por más poder de compra (renta) que el que ha salido de su producción. No sucederá esto si la banca sigue la norma de hacer los reintegros a expensas de los nuevos ahorros que entren, y sólo en esa medida, es decir, si sigue la norma de no inflar sus balances.

Sin embargo, hay veces que resulta preciso fingir esa regla, porque no siempre todo el ahorro que se forma va a capitalizarse, por razones que exigen desarrollar otro orden de ideas. Y para que no resulte de ello una depresión se hace necesario suplementar ese dinero con otro creado *ad hoc*. Además, no basta mantener en equilibrio la economía en un régimen de *statu quo*; el desarrollo y progreso de la producción exige que el dinero circulante se vaya incrementando con la evolución económica. Mas no se han creado en nuestro régimen actual los indicadores que podrían fijar rigurosamente en qué medida habría de hacerse esto, de dónde resultan esas fluctuaciones que son uno de los grandes misterios de nuestra Economía.

GERMAN BERNACER